

EL DOCTOR PAUL KLEMPERER.  
"IN MEMORIAM"\*

DR. EDMUNDO ROJAS NATERA

¡Ha muerto Paul Klemperer!

¿Qué libro de Patología, desde hace más de 20 años, no menciona su nombre, a propósito de las llamadas "enfermedades de la colágena"?

¿Quién de los que trabajamos en el campo de la medicina, sobre todo, de la Patología, puede ignorar sus contribuciones originales? Se le conocía internacionalmente por sus estudios y publicaciones sobre las enfermedades de los tendones y de las articulaciones.

El describió por primera vez la transformación cavernomatosa de la vena porta (1928), los cambios histológicos en la nefrosclerosis maligna (con Otani en 1931), de la púrpura trombocitopénica trombótica, de la colangitis crónica intra-hepática y del linfoma de folículos gigantes.

Mereció verdaderamente el nombre de maestro. Sus alumnos, sus "muchachos", como él los llamaba, de todas las razas y creencias, se encuentran ahora como maestros, diseminados por todo el mundo.

P.K. nació en Viena en 1887.

Empezó a estudiar la carrera de leyes; pero una vez, en 1906 asistió casualmente a una conferencia de Sigmund Freud; tal efecto causó en su ánimo el sabio austriaco, que ese mismo año se cambió a la carrera de medicina, con la intención de hacerse siquiatra; pronto se convirtió en uno de los discípulos de Freud; había ingresado a la Sociedad Sicoanalítica de Viena cuando el maestro

\* Nota leída por su autor en la sesión ordinaria del 22 de abril de 1964.

mismo le había encomendado el informar a dicha Sociedad sobre los congresos y reuniones de la especialidad.

Se graduó como médico en la Universidad de Viena en 1912; pero abandonó la siquiatría porque creía que tenía muchas limitaciones en la terapéutica y porque el estudio de las enfermedades no tenía para él otro objeto que conocerlas mejor para curar a los que las padecen. Con este propósito entró como voluntario al servicio de Anatomía Patológica del Prof. Karl Sternberg. Corroboró ahí lo que decía Rokitansky, el gran patólogo de la Escuela de Viena, que la Anatomía Patológica era una ciencia que fertilizaba a la clínica. Aprendió que el estudio de los muertos ayudaba a los vivos, y decidió dedicarse el resto de su vida al estudio de esta rama de la Medicina. Pronto le llegó la ocasión, triste oportunidad, de servir como patólogo del ejército austriaco durante los cuatro años de la Primera Guerra Mundial. Tres años después de terminada la contienda, emigró a los Estados Unidos. Llegó primero a la Universidad de Chicago, como profesor auxiliar de Patología y como patólogo del Hospital de la Caridad. De allí pasó a Nueva York, con el mismo nombramiento, a la Escuela de Medicina para Graduados, y en 1926, fue nombrado jefe del Departamento de Patología del Hospital del Monte Sinaí en Nueva York, puesto que ocupó durante 29 años.

En 1959 le otorgó la Universidad de Chicago el grado de Doctor en Ciencias. En 1962 recibió de la Academia de Medicina de Nueva York una medalla en reconocimiento a su "relevante contribución al progreso de la ciencia médica". Desde 1955, fue patólogo consultor de ese departamento, jefe del Laboratorio de Investigación Celular del mismo hospital; profesor de Patología del Colegio de Médicos y Cirujanos de la Universidad de Columbia, y profesor visitante del Colegio Médico Albert Einstein. Estaba a punto de terminar un libro sobre "La Historia y Filosofía de la Anatomía Patológica" cuando murió súbitamente el 3 de marzo de este año.

Con motivo de su muerte, Gustavo Levy, presidente del Hospital Monte Sinaí, de Nueva York, decía: "Klemperer fue el hombre excepcional en el que se combinaban las cualidades del científico dedicado, del maestro estimulante, del sabio consagrado, que a pesar de su fama mundial, portaba el manto de la grandeza con humildad callada y con apacible y dulce humorismo".

Esta descripción está hecha con las palabras que yo hubiera querido utilizar cuando hace un año tuve la última oportunidad de conversar con él.

Esa humildad se manifestaba plenamente cuando al acuñarse el término "enfermedades de la colágena" y su uso y mal uso se extendía por todos los vientos, él hacía la siguiente aclaración: (The Am. J. Path. XXVI: julio, 1950) "El concepto de enfermedades de la colágena no es una especulación ociosa... pero la impaciencia de los investigadores clínicos y una singular veneración por los términos diagnósticos, ha dado una popularidad exagerada al diagnóstico de *enfermedad de la colágena*. No es un término aplicable al diagnóstico y desde

luego, no define al proceso patológico de diversas enfermedades consideradas como grupo. Lo único que quisimos decir en nuestro trabajo original, es que en algunas enfermedades llaman la atención ciertas alteraciones generalizadas de las sustancias intermediarias del tejido conjuntivo... Es evidente que estas alteraciones no pueden considerarse como enfermedades de estas sustancias o del tejido conjuntivo en su totalidad. Estas alteraciones morfológicas son únicamente las manifestaciones externas de procesos patológicos cuya naturaleza y ubicación son aún oscuras".

Así hablaba Paul Klemperer, así habló toda su vida, con honradez sin tacha, con comprensión, con visión; siempre descubriendo, siempre estimulando. La pasión que siempre mostró por la Anatomía Patológica como ciencia, le despertaba tal avidez y curiosidad por los problemas que planteaba cada una de las autopsias que revisaba meticulosamente, que era conmovedor asistir a esas revisiones: se salía con el espíritu lleno de optimismo y la mente llena de ideas nuevas. No podía ser de otro modo, pues durante esas sesiones seguía un plan que él mismo describió así (Pathology, W. A. Anderson, The C. V. Mosby Co., 1961: Introducción): "La enfermedad es el experimento de la naturaleza; nosotros vemos únicamente los resultados, en tanto que ignoramos las condiciones en las que el experimento se realizó. Paso a paso, la Anatomía Patológica debe descubrir esas condiciones: debe progresar de la observación a la correlación y de la correlación a la deducción, para que la experimentación racional pueda llevar al cabo la síntesis final".

Como estas palabras, podrían citarse indefinidamente, otras muchas que revelan su carácter y su devoción por la medicina y al través de ella y por ella, por toda la humanidad, pues fue él, como son los verdaderos sabios, sobre todo un ser humano.

A la pena de su partida, se agrega la tristeza de no haber tenido la oportunidad de haber sido uno de sus "muchachos", pero también la satisfacción de haber estrechado su mano y de haber podido admirar su personalidad luminosa.